

HOMENAJE ROSER MAJORAL

Universidad de Barcelona. Geografía: Ciencia y profesión.

Miércoles 3 de mayo 2006

Los geógrafos españoles y el mundo rural

Josefina Gómez Mendoza

Desde noviembre pasado busco obsesivamente entre mis recuerdos cuándo fue la primera vez que Roser Majoral y yo nos encontramos. Supongo que sería en el apasionante, apasionado y decisivo IV Coloquio de Geografía de Oviedo, de 1975, cuando barruntábamos el final de la dictadura con la muerte del general Franco, aquel congreso en que se fundó la Asociación de Geógrafos Españoles. Pero mi primer recuerdo nítido es en Moscú, en el disparato y monumental hotel Rossia de Moscú, tan grande como desabastecido, donde habíamos acudido al Congreso Internacional de la UGI en junio 1976 dos grupos de españoles, uno desde Barcelona en el que se encontraba Roser al frente y otro desde Madrid. Apenas nos conocíamos: a algún incauto se le ocurrió convocar una cena de confraternización entre españoles, sin prever nada, sin saber ni cómo ni dónde. Naturalmente, no pudimos comer nada: parecía que el que tomó aquella iniciativa todavía no hubiera percibido las dificultades de abastecimiento que había en el Rossia, en el Congreso y en Moscú, aunque llevábamos ya varios días allí. Nos citó como si citara a cenar en Barcelona a dos docenas de personas. Recuerdo perfectamente a Roser de pie en el hall del Rossia entre divertida, incrédula y escandalizada por tanta imprevisión, por tanta falta de sentido común. Tomó el mando de las operaciones: no recuerdo si aquella noche cenamos, todos juntos desde luego no, pero en los días que permanecemos en Moscú comimos algo mejor, entre otras cosas porque entre Roser Majoral y Ángel Cabo, urdieron la treta de enseñar a alguna de aquellas camaradas-camareras la foto de familia de Cabo con todos sus hijos, lo que en aquella desnatalizada sociedad rusa de entonces provocaba la admiración por una sociedad tan natalista como la nuestra (¡Quién nos lo iba a decir!). El rotundo *Niet* con que contestaban a la petición de algo que comer que figurara en la carta empezó a ser sustituido por una actitud algo más comprensiva.

Desde entonces, Roser y yo nos hicimos amigas, muy amigas y hemos compartido geografía, ciencia y profesión, como reza este homenaje, geografía, ciencia, profesión y pasión, como me atrevería a añadir yo, y sobre todo hemos compartido amistad, amistad entre nosotras y amistad con otros, con muchos otros, proyectos y esfuerzos, complicidades, risas, también algunos sufrimientos. Creo que Roser es una de las personas a las que yo más he querido. A las que todavía más quiero. Creo que somos muchísimos los que nos cuesta sobreponernos a su desaparición.

Me han pedido los organizadores –a quienes agradezco mucho el afecto que me demuestran al darme la ocasión de estar aquí hoy- que hable de los geógrafos españoles y del mundo rural. Lo primero que quiero decir es que en esa relación entre la geografía y el mundo rural la profesora Majoral ocupó un lugar de excepción, ha acompañado y a veces dirigido la evolución de la geografía agraria (probablemente ella prefería ese nombre, pero se plegó ante la evolución de las cosas y los nuevos usos). Mi intención es evocar algunos hechos y proponer algunas ideas sobre el tema del mundo rural y los geógrafos españoles teniendo siempre presente el papel que desempeñó Roser. Pienso que en cierto modo la doctora Majoral Moliné y su trayectoria representan una

excelente guía por los complejos caminos de la geografía rural de los últimos veinticinco años. Voy, por tanto, a tratar de ello aludiendo a los grandes temas de investigación y de trabajo, los hechos institucionales, como asociaciones, grupos y redes, las colecciones publicadas, los congresos, coloquios y reuniones celebrados, las revistas, algunos instrumentos de expresión, algunas publicaciones relevantes en particular los Atlas. No desde luego la mía una revisión ni completa ni sistemática, sino un recorrido intelectual y sentimental, jalonado de amigos.

No han faltado balances y estados de la cuestión sobre la geografía española. Pero lo son sobre todo de los años cuarenta a setenta y abundan menos los que se refieren a momentos posteriores. Recuerdo en concreto el trabajo pionero de Rafael Mata Olmo sobre los estudios de Geografía Agraria en España entre 1940 y 1970 publicado en la revista *Ería* en 1987. Los estudios existentes sobre el último cuarto de siglo no siempre son completos y no son a gusto de todos. Con ocasión del XXVII Congreso de la Unión Geografía Internacional en Washington 1992, trabajamos una comisión mixta de la AGE y de la Real Sociedad Geográfica de la que formábamos parte por la AGE, el presidente Joan Mateu Bellès, y las profesoras García Ramón, Majoral y yo, para editar en español y en inglés un valioso state of the art, un estado de la cuestión en todas las ramas de la Geografía española, titulado *La Geografía en España (1970-1990)*. La parte del mundo rural, encargada a un conocido geógrafo, se retrasó por motivos ajenos al autor y al comité redactor. Escrito desde la perspectiva de las estructuras de la propiedad y de tenencia, también de los sistemas de riego, tenía algunas lagunas notables. La ausencia de referencias a estudios catalanes y a estudios sobre la evolución ganadera, o al menos su subrepresentación, provocó justificadamente el enfado de Roser. Sin duda en la tercera parte, en la de las áreas de montaña y su problemática, coordinada por Valentín Cabero y en la que el propio Valentín, Roser y el profesor Rodríguez Martínez de la Universidad de Granada abordaron los estudios respectivamente de las montañas septentrionales y centrales de España, las del noreste peninsular y Baleares, y las del Sur y Montes de Toledo, se salvaron esos olvidos probablemente involuntarios o inducidos por la orientación dada al artículo.

En todo caso, textos recopilatorios posteriores de la propia doctora Majoral presentaron un panorama más completo, en particular la ponencia del Coloquio de Geografía Rural de Jaca, en junio 1996, sobre *Desarrollo en las áreas de montaña* (Majoral, *Actas*, 1997) y su larga introducción sobre *La geografía rural en España el último decenio* que figura como introducción a la página web del Grupo de Geografía Rural que ella, junto con la profesora Luisa María Frutos, contribuyeron a consolidar en la primera etapa.

Sóc fill de la Seu, así inicia el catedrático de Teoría Económica y consejero entonces del Banco de España, Alfred Pastor, la presentación del libro de López Palomeque, Majoral Moliné y otros autores sobre *l'Alt Urgell*, uno de los de la colección *Catalunya comarcal* publicada por Caixa de Catalunya en los años ochenta y noventa y en los que Roser Majoral participó, además de con este, con los estudios de otras comarcas, como la *Vall d'Aran* y la *Cerdanya*. También Roser era *filla* de la Seu, y como emocionadamente recuerdan sus compañeros de esta universidad en la acertada evocación que de ella han escrito, es probable que su apego, su conocimiento y su amor a la montaña le vinieran de sus años de infancia, a la orilla del Segre, del olor a heno y a manzana de su casa. Sabía de campo, sabía de ganado, sabía de estaciones, sabía de los trabajos y los días de la población de montaña. *Jo soc filla d'una casa de pagès de la*

ribera de la Seu: teníem vaques i fruiters; peres i pomes, sobretot. Treinta años atrás era el perfil normal de las explotaciones de esta parte del país, añadía Roser en 1999 en la entrevista que le hicieron Joan Tort y Pere Tobaruela. Nuestros maestros, el mío, Manuel de Terán que era madrileño, siempre advertían sabiamente de la importancia geográfica de esos mundos vividos. A veces no les escuchábamos, yo misma que soy madrileña de Chamberí, incluso a veces sonreíamos con alguna indulgencia ante afirmaciones que nos parecían ingenuas y antiguas, algo rancias. Hoy sabemos lo que eso quiere decir, como también estamos en condiciones de comprender que Terán valorara la “geografía de andar y ver” y a los “geógrafos de tacón usado”.

Pero no se trata evidentemente de hablar de la infancia y la juventud de una generación. Al revés, mi intención es tratar la madurez de una disciplina geográfica en tiempos revueltos, en tiempos de cambio. Me gustaría llamar la atención sobre el hecho de que Roser Majoral, yo misma, y nuestros compañeros de generación empezáramos a desarrollar nuestra actividad a mediados de los setenta, cuando los cambios estructurales, sociales, y territoriales en el campo español se estaban haciendo evidentes, se consolidaban.

El agrarista Rafael Mata, mi compañero de universidad y actual presidente de la AGE, lo ha resumido a mi juicio con acierto al celebrar los veinte años de la revista *Agricultura y Sociedad*, nacida precisamente en 1976. “Hacia 1976, dice, estaban ya generalizados y consolidados los cambios estructurales y técnicos resultado de la modernización de la llamada ‘agricultura tradicional’. La producción y productividad del sector habían crecido notablemente a lo largo de las dos décadas anteriores y, aunque persistían algunos problemas estructurales –atomización o concentración excesiva de las explotaciones en determinadas agriculturas- el campo español participaba ya de muchos de los rasgos de las agriculturas occidentales europeas.”

“Pero al mismo tiempo, sigue diciendo, la agricultura comenzaba a enfrentarse con nuevos problemas y nuevas demandas. El emergente valor ambiental del espacio rural coexiste con la degradación ecológica y patrimonial inherente a la mayor parte de los sistemas agrarios intensivos, especialmente en las zonas regadas. Agrosistemas y paisajes de alto interés como los de montaña se ven negativamente afectados por el abandono o la reducción drástica de las actividades agropecuarias y forestales tradicionales. Y en las periferias urbanas, de dimensiones crecientes y de perfiles cada vez más laxos, el espacio agrario corre el riesgo de desaparecer por completo cuando, paradójicamente, su mantenimiento se reclama como un elemento de calidad de vida y de identidad territorial”. (Mata, 1996, 87-88). Esta era la situación, esta era como se suele decir con pedantería la agenda: mi opinión es que los geógrafos rurales no defraudaron lo que se esperaba de ellos, actuaron con madurez científica y profesional.

Recordemos algunas fechas de aquella segunda mitad del decenio de los setenta. En 1973, la conferencia de Estocolmo ponía el acento sobre los problemas socioambientales del desarrollo que iban a conducir al informe Bruntlandt en 1987 y a la Conferencia de Río en 1992. En 1973, también se ponía en marcha el Programa MAB sobre desarrollo y medio ambiente en las áreas de montaña y en 1975 aparecía la directiva europea sobre áreas de montaña. Un año antes, en 1974, se había celebrado en la Seu d’Urgell el último congreso de los internacionales del Instituto de Estudios Pirenaicos, en 1979 el Departamento de Agricultura, Ramaderia i Pesca de la Generalitat organizaba unas jornadas sobre *Agricultura y Medi Rural al Pirineu Català*

y sobre todo en 1980, la Casa Velázquez de Madrid y el Ministerio de Agricultura organizaban el Coloquio Hispano-Francés sobre Areas de Montaña, verdadero punto de arranque, como lo ha caracterizado la propia Roser, de los programas y las políticas de montaña. La ley de Agricultura de Montaña es de 1982 y la de Alta Muntanya de la Generalitat de Catalunya de 1983. A partir de 1982 la Caixa d'Estalvis empezó a sufragar los cursos d'estiu d'Estudis Pirenais

La tesis doctoral de la profesora Majoral no se refería específicamente a la montaña, como sí ocurría en los casos de Cabero o de Paco Rodríguez, antes mencionados. La había presentado Majoral en 1977 y se refería a la evolución del uso del suelo en toda Catalunya a partir de los datos del Censo Agrario de 1972. Era una apuesta metodológica y cartográfica considerable porque suponía aplicar a toda Cataluña, el método Perpillou de comparación a una distribución teórica de las diferentes distribuciones relativas de los usos del suelo de todos y cada uno de los municipios, mediante una técnica cartográfica en bandas alternas. Como la propia Majoral Moliné señala “la tentación de ampliar al sur del Pirineo el método de Perpillou era muy fuerte”. Y así lo hizo.

Recuerdo este hito de la biografía profesional de Roser por dos motivos. El primero, porque es la primera manifestación publicada de su interés por la representación cartográfica de los factores agrícolas. Roser ha sido una gran semióloga y una entusiasta cartógrafa, colaborando con sus compañeros de este y de otros departamentos y muy en particular, creo, con Dolores Sánchez Aguilera, con Lola. Que yo conozca toda su obra está recorrida de mapas y en ello encontró a otros geógrafos de lo rural con la misma afición y capacidad. Pienso por ejemplo en Amparo Ferrer, nuestra común amiga granadina, que está hoy aquí (no podía faltar a una cita con Roser): ambas presentaron un trabajo con amplio aparato gráfico al congreso internacional que se celebró Seúl el año 2000. Pero sobre todo, hay que tener en cuenta que el esfuerzo final de la profesora Majoral estuvo consagrado al *Atlas de la España Rural*, publicado en 2004 cuya coordinación y autoría comparte con Fernando Molinero y con los responsables de publicaciones del MAPA; Juan Manuel García Bartolomé y Gerardo García Fernández. Esta mención me da pie para insistir en uno de los rasgos sobresalientes de la geografía agraria y rural española: y es que ha sabido traducir sus resultados en mapas y, aun más, en atlas, moviéndose además como rasgo singular de su modo de abordar el mundo rural por las distintas escalas, de las locales y comarcales a las regionales (recuérdese los numerosos atlas regionales rurales) y la del conjunto del país.

El segundo aspecto al que me permite referirme el trabajo doctoral de Majoral i Moliné es que fue la base de su comunicación al Coloquio sobre *Paisajes rurales de España* que se celebró en la sede de la fundación Juan March de Madrid, en junio 1978 organizado ya por la AGE o más exactamente gracias al empuje de su primer presidente, Jesús García Fernández. Se presentaron los paisajes regionales organizados por grandes perfiles regionales y territoriales y con aportaciones de dos generaciones de geógrafos: la de García Fernández y demás discípulos de los grandes maestros (Rosselló, Cabo, Floristán, Mensua, García Manrique, López Gómez o Bosque Maurel) y la siguiente a la que pertenecíamos nosotros, Roser, María Dolors García Ramón, Fernando Molinero, Manero, Luisa María Frutos, Sancho Comins, Salvá Tomás, Ortega Cantero, Ortega Alba, López Ontiveros, López Bermudez, Gozávez, Arroyo o Burriel de Orueta. Fue un encuentro enriquecedor por muchos motivos; una ocasión insustituible de geografía comparada por quienes la podían ya sintetizar y quienes

empezábamos nuestras investigaciones; una puesta a punto y una confrontación de métodos y de temáticas; una ocasión de poner de manifiesto en qué grado de transformación se encontraban los sistemas agrarios tradicionales. Recuerdo cómo tras revisar las sociedades campesinas del norte, centro y oeste peninsular, empezaron a presentarse las nuevas agriculturas más intensivas y especulativas, y el asombro con el que los “meseteños” escuchábamos “competir” a nuestros colegas “periféricos” sobre qué resultados productivos eran más espectaculares y qué agriculturas estaban ya más industrializadas y más integradas en los circuitos mercantiles y en el agrobusiness: tras Valencia, la huerta murciana, tras está los primeros cultivos bajo plástico almerienses (que presentó Eusebio García Manrique) tras estos, los enarenados canarios... Por primera vez se habló de cultivos hidropónicos, y creo recordar que fue el profesor Cabo quien introdujo la cuestión. Yo actúe de secretaria del Coloquio, lo que fue muy formativo para mí, sin duda, pero no siempre cómodo, porque el presidente García Fernández, a cuyo lado estaba yo sentada, no dudaba en hacer comentarios con voz tonante y a micrófono abierto, algunos no del todos favorables. Ahí queda en todo caso el libro de los *Paisajes rurales españoles* que se ocupó de publicar el propio García Fernández en la universidad de Valladolid –tras arduas gestiones con la Fundación March y la editorial Alfaguara, infructuosas por razones que no vienen al caso-.

El coloquio de Paisajes fue un hito en la tradición de reuniones científicas de los geógrafos rurales españoles, un punto de partida de un nuevo ciclo de reuniones que siguieron con regularidad a partir de 1980. Y es que otro de los rasgos sobresalientes de la geografía rural española ha sido la continuidad de sus coloquios, el elevado número de asistentes a los mismos, su apertura a geógrafos y geografías foráneas (en particular a los iberoamericanos y portugueses, pero no sólo). Antes de la fundación March 1978, se habían celebrado las reuniones de Estudios Geográficos de los años cuarenta y los Congresos del Instituto de Estudios Pirenaicos ya mencionados, en los que se fijaron algunos programas de investigación como el del pastoralismo y la trashumancia en el que tuvo un singular protagonismo el profesor Vilà Valentí. También en ellos se propusieron, a instancias del profesor Orlando Ribeiro los protocolos para las encuestas de Geografía regional agraria. También debo mencionar, como antecedente inmediato de la reunión de la March el coloquio de agraristas celebrado en Salamanca en 1965, organizado por Ángel Cabo y en el que se fijaron los perfiles regionales de algunos sistemas agrarios como los regados, los de dehesa o los cerealícolas del interior peninsular.

Los Coloquios de 1980 y 1982, de Alicante y La Rábida, respectivamente, todavía fueron específicos (propiedad rústica y su influencia en la organización del espacio el primero, estructura y regímenes de tenencia de la tierra, el segundo) y responden a la sola iniciativa de los organizadores locales. A partir del llamado III Coloquio de Geografía Agraria de Jarandilla de la Vera en Cáceres en 1985, los coloquios los organiza, además de los responsables locales, el Grupo de Trabajo de Geografía Rural de la AGE cada dos años y con varias ponencias. Así se han sucedido los de La Laguna y Las Palmas en 1987, Santiago de Compostela (1989), el de la UAM (1992) que fue el primero en llamarse Geografía Rural, Córdoba (1994), Jaca organizado por la Universidad de Zaragoza en 1996, Vitoria, 1998, Lleida 2000, Santander 2002, León 2004 y este año se va a celebrar el que hará, si la memoria no me ha traicionado el número XIII de la serie. Yo casi me atrevo a afirmar que a todos ellos asistió Roser y de todos formó parte del Comité de organización o científico.

No han sido evidentemente los únicos congresos y reuniones científicas de perspectiva rural celebrados en España. Están los de verano del Pirineo, los Ibéricos, las ponencias de signo ruralistas de los generales de la AGE, los internacionales que se celebraron en España y muy singularmente la parte rural del Regional de la UGI celebrado en Barcelona gracias a la presencia del doctor Vilà en una Vicepresidencia de la UGI, el symposium que la propia Roser Majoral organizó sobre *Rural life and The Exploitation of Natural Resources in Highlands and High-Latitudes Zones*, o los organizados en Alicante para hacer balance como el de *Medio siglos de cambios agrarios en España* de 1992 o para tratar temas específicos del agua y de los regadíos. Pero no se trata de que haga yo aquí una relación exhaustiva sino de que deje constancia de la amplia actividad desarrollada por los ruralistas españoles y de su interés en elaborar programas de trabajo así como de su capacidad para darlos a conocer.

Esas reuniones de agraristas y ruralistas tienen algo más que importa reseñar. En pocos otros foros geográficos se ha mantenido más viva e interactiva la práctica tradicional de la excursión, del trabajo de campo en su mejor versión. Algunas de las salidas al campo con motivo de los reuniones científicas han sido, a mi juicio, antológicas, y constituyen un patrimonio colectivo y la mejor muestra del saber hacer de los geógrafos. Es nuestro privilegio de geógrafos hacer itinerarios concebidos con sabiduría, madurados, experimentados, documentados, acompañados con la mirada alerta y la narración apasionada del geógrafo responsable. Yo sigo reivindicando muy alto este patrimonio. Lo ha hecho no hace mucho tiempo una edición especial de la *Geographical Review*, consagrada al *fieldwork* como rasgo específico de la geografía. Recuerden aquella frase que escribieron unos geógrafos americanos con motivos del Congreso de Washington del 92: en un autobús ocupado por personas de distintos campos de saber, historiadores, sociólogos, economistas, físicos, se reconoce a los geógrafos porque son siempre los que van más excitados, siempre van agitándose, haciendo fotografías, pasen por donde pasen, tanto si se trata de paisajes de montaña o de nuevos paisajes rurales del plástico, de las viejas y apreciadas dehesas o los barrios de vivienda marginal. No hay que darle vueltas: preciso es reconocerlo, es nuestra identidad.

El Grupo de Geografía Rural de la AGE ha mimado las excursiones y les ha consagrado mucho esfuerzo. Pocos congresos y coloquios hay de los que ya he citado y a los que yo haya asistido, en los que no haya habido algún recorrido memorable, y en los que no haya estado con Roser y de los que no tenga alguna anécdota que contar: el accidentado recorrido por las laurisilvas canarias, accidentado por las demostraciones que se hicieron en el autobús de las capacidades de tinter de la chinchilla con resultados terribles para la ropa; el fantástico itinerario por los Pedroches hasta Pozo Blanco, tan intensamente vivido -y tan bien comido- que perdimos el AVE de vuelta a Madrid; el recorrido cinegético por la finca de los Montes de Toledo en plena brama de los ciervos; la visita de los viñedos de la Ribera del Duero, con Molinero y los demás profesores de Valladolid, en el que no se abundaron las catas hasta llegar a Roa ya cerca de media noche en un estado que se pueden fácilmente imaginar: recuerdo que Roser comentó al llegar a las bodegas Pedrosa: “Si nos vuelven a dar vino sin comer nada, pido una coca-cola”; la magnífica excursión por la Sierra de Francia con José Manuel Llorente Pinto de guía, excursión a la que vino Eckart Ehlers, el entonces secretario general de la UGI, gran amigo de Roser, entonces presidenta del grupo, que era quien había conseguido que acudiera al Congreso de Salamanca. Recuerdo que era diciembre, que hacía un frío espantoso, que Ehlers venía muy desabrigado, quizá porque siendo alemán había pensado que venía a España, sin reparar en el momento del año y sin saber que le

íbamos a llevar a la montaña. Recuerdo que en un pueblo le acompañamos a comprar un lomo y unos chorizos, y que allí en una tienda rural, la señora que lo vendía, preguntó: “¿Y este señor dicen que es de Alemania, yo estuve allí como inmigrante, hacía un frío!” La temperatura era bajo cero y Ehlers estaba tiritando.

Estos viajes son nuestro privilegio, ya lo he dicho. Cuando podemos y cuánto podemos enseñamos a nuestros alumnos y les adiestramos en ellos. Son gratificantes, pero también un gran esfuerzo de preparación, de documentación, de confrontación de hipótesis en campo. Los ruralistas los concebimos en cierta forma como nuestro banderín de enganche. Me van a permitir una última evocación. El trabajo de campo por el Pirineo catalán, el valle del Llobregat y Barcelona de los alumnos de mi universidad en la primavera de 1992 tan pródigo en encuentros, como han visto. Habíamos venidos los responsables de las asignaturas de Geografía de Catalunya (mi añorado compañero Rafael Mas) y de Geografía de España que era yo. En Lleida nos esperaban los profesores del departamento de Análisis Geográfico Regional y Geografía Física de la Universidad de Barcelona, Roser Majoral, López Palomeque, Rosa Castejón, Jaime Font. Puedo decirles el itinerario, puedo decirles los días, lo que vimos y lo que recorrimos, en qué momentos y a qué horas. Lo puedo decir porque conservo el libro guía que los profesores Burgueño, Font, López Palomeque y Majoral habían redactado para nosotros. *El Pirineo Catalán. Aspectos Geográficos*. Recuerdo por muchos motivos la noche de la Seu y la visita de la Cooperativa Lechera Cadí al día siguiente. Alguién a la vuelta pegó la pegatina de la cooperativa en el borde la pizarra del aula de cuarto curso en mi Facultad: un niño con las cántaras de leche y la barretina. Allí sigue. En aquel viaje hablamos mucho de excursiones geográficas y de sus valores, hablamos, con Rosa, con Roser, con Jaime, de Salvador Llobet como gran profesor de excursiones.

Como he dicho antes, la geografía rural española acostumbra a publicar los resultados de sus trabajos y de sus reuniones científicas. En editoriales universitarias, en revistas geográficas. Pero muy a menudo también en órganos de difusión ajenos a la geografía. Han sido bastantes las tesis doctorales publicadas y las ponencias de Congresos en la colección Estudios del Ministerio de Agricultura y Pesca (recuerdo ahora la de Josefina Cruz Villalón, actual Secretaria General del Ministerio de Fomento, la de Carlos Manuel sobre la propiedad forestal, el coloquio de la Rábida sobre los regímenes de tenencia de la tierra o más recientemente el de Lleida sobre las nuevas funciones de la agricultura en el mundo globalizado que organizó un equipo con el profesor García Pascual a la cabeza y al que concurrieron grandes ruralistas europeos como Jacqueline Bonnamour o Nick Evans). Ya he citado antes la difusión que tuvo la serie comarcal de la Caixa de Catalunya aunque sin duda no se trataba sólo de monografías rurales.

Pero hay algo todavía más significativo a mi juicio. La geografía rural española ha colaborado activamente y de forma continuada en tres revistas no geográficas. Me refiero en primer lugar a la revista *El Campo. Boletín de Información Agraria* del servicio de publicaciones del BBV, ya desaparecida. Queda una colección de números monográficos dedicados a la agricultura de las diecisiete comunidades autónomas en la que participaron un elevado número de geógrafos. Quedan también otros números monográficos sobre temas específicos de los que los geógrafos ruralistas fueron los autores principales. Pienso en particular en el número consagrado a la geografía de montaña que escribió la propia profesora Majoral o los dos que dedicó la revista al trabajo de la mujer en el mundo rural en que se recogen estudios de los programas de

investigación conducidos por las profesoras García Ramón y Sabaté y que dieron lugar a varias tesis doctorales entre las que se cuentan las de Gemma Canovès y Mireia Baylina.

A su vez el Ministerio de Agricultura y Pesca tenía dos revistas para temas agrarios en la interfaz agricultura y sociedad que, como probablemente no podía ser de otra manera, han acabado refundiéndose en una. La *Revista de estudios agrosociales*, más clásica, más tradicional, pero donde se han publicado algunos de los textos programáticos del agrarismo en transición (que se han recogido en los dos grandes volúmenes que han conmemorado sus cincuenta años) y en la que han encontrado acogida finalmente más bien los economistas agrarios. La segunda, *Agricultura y Sociedad*, surgida en 1976 en el momento de los profundos cambios políticos del final de la dictadura y la transición a la democracia y con una pretensión de constituirse en un foro de pluralismo ideológico, multidisciplinariedad, independencia y rigor científico. A pesar de los avatares por los que tuvo que pasar *Agricultura y Sociedad* mantuvo siempre un alto nivel que le condujo a estar incluido en algunos rankings de revistas en lengua española, eso ocurrió con índices de revistas de economía y desde luego de geografía en los que se ha valorado como de primer nivel. Concluida ya su singladura se puede decir que acertó en transmitir la diversidad y la heterodoxia sin merma de rigor (Mata 1996, 100)

Los geógrafos han estado siempre presentes en *Agricultura y Sociedad*, tanto en el Consejo de Redacción como en el Asesor y firmando artículos. En el primer Consejo de Redacción estaba Eugenio Burriel, en el penúltimo y durante buena parte de la larga dirección de Cristóbal Gómez Benito (1983-1994), Rafael Mata. En el último Consejo Asesor entre una largo elenco de científicos sociales, historiadores, sociólogos, antropólogos, economistas, juristas que incluía a gente como Garrabou, Cazorla, Naredo, Víctor Pérez Díaz, Villares o Sevilla Guzmán, estábamos Ángel Cabo, Antonio López Ontiveros, Juan Romero, Rafa Mata o yo misma.

Mata Olmo ha hecho en el número conmemorativo de los veinte años de la publicación (1997) una ajustada valoración de la participación de la geografía rural en ella. Su conclusión es clara: AyS ha supuesto para la Geografía Rural quizá más de lo que el número de colaboraciones de geógrafos deja traslucir pero esto no es óbice para que la geografía haya sido en la revista un cronista fiel del cambio social y territorial de la agricultura española contemporánea y lo mismo del mundo rural. En esta colaboración los geógrafos se habrían mantenido fieles a los estudios empíricos y espacio- temporales de realidades locales y regionales característicos de su tradición más que inclinados a proponer modelos teóricos. Pero sin embargo han sido capaces de diagnosticar e identificar los perfiles regionales de las dinámicas y también de aportar análisis a diversas escalas, clarificando las estrategias y aportando diversidad a visiones a veces planteadas de forma demasiado lineal y bastante tópica. El estudio del profesor López Ontiveros sobre cómo interactúan medio físico y dinámica social en la consolidación de la pequeña y gran propiedad andaluza me parece en este sentido modélico. Como también el de los dos hermanos Ontiveros sobre el origen del latifundio disperso a partir de la pequeña propiedad original. Mata concluye que con este y otros artículos muchas cosas se han movido en los últimos veinticinco años en estructuras aparentemente monolíticas y estables y que la propiedad no ha sido ajena a los cambios experimentados por la agricultura española y las formas que estos han revestido en los distintos sitios.

Antes de volver para concluir sobre algunos otros de los grandes temas que han ocupado a los geógrafos rurales quiero dejar constancia de otra de sus señas de identidad. Me he referido hasta ahora a la regularidad de su producción científica, a la preocupación cartográfica, a su capacidad de renovación sin romper con elementos básicos de su tradición, a la voluntad de sumar e integrar esfuerzos y trabajos, a la colaboración con otras disciplinas de lo rural, al afán de dar a conocer sus resultados en los foros más amplios que les eran accesibles. Todos estos elementos los encuentro en la trayectoria profesional de Roser Majoral. Tenía ella en modo sobresaliente otras dos cualidades que, en mayor o menor medida, compartió con el resto de la geografía española, en particular la rural, aunque sólo fuera por el simple hecho de que fue una de sus protagonistas más directas. Me refiero a la capacidad (y la firme voluntad) de formar redes y a la internacionalidad de su quehacer científico

La geografía rural catalana y la española han constituido redes a distintas escalas y con distintos objetivos. Aparte de las trabadas entre Grupos Consolidados de investigación (entre los que quiero señalar muy particularmente a ANTERRIT, Análisis Territorial y Desarrollo Regional, de este Departamento y de esta Universidad, acogido al *Pla de Recerca de la Generalitat de Catalunya* desde 1998), están las constituidas entre geografías autonómicas (Catalunya-Euskadi-Galicia, con Majoral, Eugenio Ruiz Urestarazu y Lois como cabezas de fila). Y están también las creadas en torno a un tema común. Una de las que goza de mejor salud y en cuya formación Roser tuvo una papel relevante es la de **Las montañas españolas. Territorio, sociedad, patrimonio y cultura**. Pretende aportar materiales para el conocimiento, la promoción y la difusión de los espacios de montaña. Los profesores Ignacio Plaza de Salamanca, Rubén Lois de Santiago de Compostela, Carmen Delgado Viñas de Santander, Antonio Rico Amorós de Alicante entre otros, animan esta iniciativa, como la animó la profesora Majoral. Un CD rom, un vocabulario básico, unas galerías fotográficas, diversas cartografías, coordinación de tesis doctorales y de proyectos de investigación son algunos de los resultados de esta Red que mantiene una activa página web.

Otras relaciones bilaterales y multilaterales que quiero mencionar son las que ha llevado a cabo el Grupo de Trabajo de Geografía Rural con los ruralistas franceses, británicos, portugueses e italianos, y también con iberoamericanos. Cuando presidía el Grupo López Ontiveros y con una participación muy activa de Fernando Molinero y Roser Majoral se celebró el primer Encuentro de Ruralistas Hispano-Británicos, que fue publicado en 1997 con el título de *From traditional countryside to postproductivis: recent trends in Rural Geography research in Britain and Spain (La investigación reciente en Geografía Rural: Del campo tradicional a la transición postproductivista)*. Bajo la presidencia de Eugenio Ruiz-Urrestarazu se celebró en Cuenca un encuentro de geógrafos franceses y españoles sobre el tema de los montes que también se ha publicado. Casi todos los que han participado se encuentran hoy aquí presentes y les ruego que me corrijan o que me completen la información en los extremos en los que me haya podido equivocar u olvidar.

Con numerosos países iberoamericanos los lazos también han sido múltiples y productivos. El intercambio científico se institucionalizó con la incorporación de una ponencia sobre geografía rural iberoamericana en nuestros Coloquios de Grupo, lo que se inició en Madrid 1992 y se mantuvo al menos en Córdoba y en Jaca-Zaragoza. La red se hizo más tupida cuando incansable en su labor internacional, Roser fue presidente de

la Comisión primero de *Development Issues in Marginal Regions* y más tarde de *Dynamics of Marginal and Critical Regions* de la Unión Geográfica Internacional. Pero no me corresponde a mi glosar esta dimensión internacional que ha cobrado la geografía española en general y la rural en particular, en gran parte gracias a la profesora Majoral. Va a ser objeto a continuación de una mesa redonda .

La red de las Montañas, los nombres de las Comisiones de la UGI que presidió, traducen bien los cambios de rumbo que en los últimos quince años imprimió Roser a su trabajo profesional. Reflejan por otra parte (cuando no orientan,) las inflexiones que estaba sufriendo el trabajo del conjunto de los geógrafos ruralistas de nuestro país. Sin discontinuidad, sin ruptura, las nuevas realidades han ido imponiendo nuevos rumbos a la geografía del mundo rural. Ya se ha visto esta mañana en la conferencia de Fernando Molinero.

Ni tengo yo competencia, ni tengo ya tiempo de profundizar en esta renovación temática. Pero no quiero terminar sin hacer unos breves comentarios. En primer lugar, al cambio de perspectivas de los estudios sobre la montaña. García Fernández en su trabajo de síntesis sobre *La montaña como hecho geográfico* la había planteado en la doble vertiente de espacio ecológico y espacio intensamente humanizado. El esquema de la organización secular de los usos del suelo y de los paisajes montañoses se ha alterado profundamente por razones intrínsecas de la propia montaña y a veces extrínsecas. La especialización ganadera ha venido a trastocar el modelo de organización tradicional de los aprovechamientos entre valles y vertientes. En algunos sistemas ganaderos, como han demostrado estudios geográficos y ecológicos, se ha asistido a procesos de intensificación y especialización, muchas veces ajenos a las potencialidades del ecosistema montañoses. La agricultura de consumo ha desaparecido del fondo de muchos valles sustituida por prados y cultivos forrajeros, base de una ganadería más bovina que ovina. Como consecuencia, el pastoralismo se ha reducido o modificado, las formas de trashumancia comarcal o de valle también, y como consecuencia complementaria se está dando la subexplotación de las partes más elevadas donde antaño pastaban los ganados conducidos por pastores. (Finat y otros, "Sistemas ganaderos de montaña", AyS, 1988).

Los geógrafos rurales han registrado estos cambios, han constatado el abandono, el despoblamiento y el envejecimiento poblacional, han evaluado las políticas de montaña y las respuestas a ellas. Pero han ido más allá en el cambio de perspectiva.: de ver las montañas como áreas deprimidas en continuo proceso de regresión han pasado a considerarlas en su recuperación como áreas de desarrollo rural a través del turismo rural y otras actividades.

Junto a esto un última cuestión en la que no me voy a detener: varias cuestiones aparecen transversales a las temáticas rurales tanto tradicionales y renovadas. Citaré simplemente aquellas en las que los geógrafos rurales más se han prodigado: el tema ambiental y de conservación de la naturaleza con la amplia delimitación de espacios de reserva bajo la forma de parques naturales y otras formas de espacios naturales protegidos; las políticas agroambientales puestas en marcha por la reforma de la PAC; las políticas de desarrollo en función de las políticas y fondos comunitarios y en particular los programas LEADER; el tema muy pujante de los papeles desempeñados por las mujeres en el mundo rural; finalmente la cuestión en continua renovación analítica y metodológica que es el de los paisajes rurales, su uso en la ordenación del

territorio y en las políticas ambientales, su capacidad de contribuir a aliviar políticas territoriales extremadamente agresivas. Los paisajes rurales han sido los grandes olvidados de las políticas de desarrollo, de conservación y ambientales y deben recuperar sus valores patrimoniales y culturales. Un esfuerzo dirigido a obtener una cartografía y una caracterización iniciales ha sido el del Atlas de Paisajes de España dirigido por Rafael Mata y Concepción Sanz que está necesitando de trabajos de desarrollo a más escala . Algunos estudios paralelos a mayor escala han visto la luz.

Creo haber dado algunos indicios de que la geografía rural española está viva, tiene muchas cosas emprendidas y mucha por emprender. No podrá valerse ya de la inteligencia, el coraje, el empuje y la generosidad de Roser para abordarlas. Pero estoy convencida de que ella tenía y tendría plena confianza en los jóvenes para acometerlas y resolverlas. La última vez que ví a Roser, a finales de setiembre del año pasado, pese a todo su dolor, hablaba de los trabajos emprendidos, de las tesis recientemente leídas, de las por leer. Aquella mañana de domingo se presentó efectivamente Valerià Paül en su casa para traerle los últimos capítulos que había escrito. También hablamos de viajes, de los que pensaba hacer, de los que no quería dudar que iba a hacer, de un viaje a Libia que teníamos programado y que se inició al día siguiente de morir ella.

Creo que es la primera vez que estoy en la Universidad de Barcelona sin Roser. Creo también que no es muy probable que vuelva a la India no estando ella. Pero esto pertenece al ámbito privado y no tengo por qué contarlo aquí. Eso sí, también estoy convencida de que una de las mayores fortunas de mi vida es haber tenido el privilegio de conocer a Roser y de haber trabajado con ella, disfrutado de su amistad y viajado juntas. Sólo deseo ahora que seamos dignos de ella.